

Introducción a la semana

Lun Evangelio del día
17
Ago Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par
2020 Hoy celebramos: San Jacinto de Polonia (17 de Agosto)

“Ama a tu prójimo como a ti mismo”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 24, 15-24

Me fue dirigida esta palabra del Señor:

«Hijo de hombre, voy a arrebatarte el encanto de tus ojos, pero tú no entones una lamentación, no hagas duelo, no llores, no derrames lágrimas. Suspira en silencio, no hagas ningún rito fúnebre. Ponte el turbante y cálzate las sandalias; no te cubras la barba ni comas el pan del duelo».

Yo había hablado a la gente por la mañana, y por la tarde murió mi mujer. Al día siguiente hice lo que se me había ordenado.

Entonces me dijo la gente:

«¿Quieres explicarnos qué significa lo que estás haciendo?».

Les respondí:

«He recibido esta palabra del Señor:

“Di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Dios: 'Voy a profanar mi santuario, el baluarte del que estáis orgullosos, encanto de vuestros ojos, esperanza de vuestra vida. Los hijos e hijas que dejasteis en Jerusalén caerán a espada.

Entonces haréis lo que yo he hecho no os cubriréis la barba ni comeréis el pan del duelo; seguiréis con el turbante en la cabeza y las sandalias en los pies; no entonaréis una lamentación ni lloraréis; os consumiréis por vuestras culpas y gemiréis unos con otros. Ezequiel os servirá de señal: haréis lo mismo que él ha hecho.

Y, cuando suceda, comprenderéis que yo soy el Señor Dios”».

Salmo de hoy

Dt 32, 18-19. 20. 21 R/. Despreciaste a la Roca que te engendró.

Despreciaste la Roca que te engendró,

y olvidaste al Dios que te dio a luz.

Lo vio el Señor, e irritado

rechazó a sus hijos e hijas. R/.

Y dijo: «Les ocultaré mi rostro,

y veré cuál es su suerte,

porque son una generación perversa,

unos hijos desleales». R/.

«Me han dado celos con un dios que no es dios,

me han irritado con sus ídolos vacíos;

pues yo les daré celos con un pueblo que no es pueblo,

con una nación fatua los irritaré». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 19, 16-22

En aquel tiempo, se acercó uno a Jesús y le preguntó:

«Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?».

Jesús le contestó:

«¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es Bueno. Mira, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos».

Él le preguntó:

«¿Cuáles?».

Jesús le contestó:

«No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo».

El joven le dijo:

«Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?».

Jesús le contestó:

«Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el cielo— y luego ven y sígueme».

Al oír esto, el joven se fue triste, porque era muy rico.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Qué tengo que?... ¿Qué debo de?...

Son preguntas inscritas en el ADN del personaje que todos y todas en menor o mayor medida llevamos a nuestras espaldas como fardos, y que de no desenmascararlos a lo largo de nuestra existencia, van a ser fuente de ansiedades, frustraciones y demás atropellos interiores, precisamente por ser construcción artificial (sobre arena frente a roca, cfr. Mt 7, 21-29) que nada tiene que ver con lo que realmente somos.

Esto es lo que le sucede al joven rico del evangelio que hoy nos presenta la Liturgia. En 7 versículos, número de plenitud, somos posicionados frente al tablero de la vida, a través de un sujeto, arquetipo o representante, que se presenta con los deberes hechos y desea subir nota (nótese que en todo momento prescinde del Otro, busca su obra, fruto de su autosuficiencia).

Conviene subrayar que el **personaje** no tiene entidad propia, de ahí que siempre ande a la zaga en busca de *qué hacer* para así *llegar a ser*. La acción contenida en su pregunta la apellida con ese **bueno** que Jesús utilizará para reconducirle a la fuente de la Bondad, que no es otra que Dios mismo.

Se establece un diálogo donde el Señor Jesús con esa pedagogía tan suya, la del auto-descubrimiento, lo sube al tren que inicia su itinerario en el extra radio (preceptos y mandatos) hasta llegar a lo nuclear, central (*si quieres ser perfecto, vende tus bienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo- y luego ven y sígueme*). Itinerario donde nuestra **libertad** juega en todo momento sus cartas: *si quieres*. No aparece el *debes* o *tienes*, cuya carga moralista es asfixiante y por ello anti-evangélica.

Presenta un viaje donde el punto de salida es el perfeccionismo y cuyo punto de llegada es la perfección: Dios como único bien.

He recibido esta palabra del Señor

Para que esto se materialice, tome cuerpo, va a ser necesario que acontezca lo que el profeta Ezequiel nos anuncia en la primera lectura: **«He recibido esta palabra del Señor: “Di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Dios: «Voy a profanar mi santuario, el baluarte del que estáis orgullosos, encanto de vuestros ojos, esperanza de vuestra vida» (Ez. 24, 20-21).**

PROFANAR, es decir, *deshonrar, hacer uso indigno de lo que se considera respetable*. Resulta, cuanto menos, duro este lenguaje, pero pierde aspereza, tensión, cuando se esclarece hacia qué apunta el descrédito, la afrenta; no es otro que actuar sobre el **EGO**: ahí radica lo que constituye el encanto de nuestros ojos (en lo que nos deleitamos), baluarte del que estamos orgullosos y en donde tenemos puestas nuestras esperanzas mezquinas (*el joven se fue triste, porque era muy rico*). Riqueza que no sólo señala los bienes materiales. Pueden ser de todo tipo: intelectuales, espirituales, corporales...

Consiste en no honrar lo que no tiene categoría de respetable, aunque se le da ese tratamiento, porque cuando se vive en la periferia de uno, no puede hacer otra cosa que mal vivir de postizos, adulaciones con germen demoníaco, posturesos que van contra natura, es decir, contra lo genuino y original de cada uno y una.

De ahí que el Señor Dios nos tiene que sanar y para ello tenga que derribar, asolar, purificar todo lo que suponga dualidad, que tiene su origen cuando **despreciamos la Roca que nos ha engendrado...sacrificando a demonios que no son dios** (Dt. 32,17). El salmista lo anunciará de forma muy plástica: *“Cambiaron su gloria por la de un toro que come hierba”* (Sal. 106,20).

Estupenda ingeniería la que se nos regala. Necio quien se queje del cincelado al que se le somete. Tiene mucho valor este proceso, porque en ello va el crecimiento de la persona, llegar a ser verdaderamente humano.

Se cuenta de un monje del desierto llamado Serapión que *vendió el libro de los Evangelios, y dio el dinero a los que estaban hambrientos, diciendo: He vendido el libro que me mandaba vender todo lo que tenía y dárselo a los pobres.*

Unos siglos después, cuando el hambre arreciaba en Palencia (España), repitió este gesto un joven castellano llamado Domingo de Guzmán, diciendo: *No quiero estudiar sobre pieles muertas.*

La vida no consiste en subir nota para cebar ego, sino en ser lo que estamos llamados a ser en permanente actualización: hijos en el Hijo siguiendo al Maestro, icono del Hombre perfecto. Para ello hay que rechazar de plano el ser falso y convencional salido de la presión social de «el mundo» que nos tiraniza con los *debes* y *tienes*.

Ven y sígueme



Sor Mª Ángeles Calleja O.P.
Monasterio Santa Catalina – Paterna

San Jacinto de Polonia

Jacobo (Jacko), nombre más tarde cambiado en Jacinto, nació de la familia Odrowac a finales del s. XII en Kamién, cerca de Breslavia (Polonia). Siendo ya canónigo de Cracovia vino a Italia y en Roma conoció a santo Domingo y de sus manos recibió el hábito dominicano y el destino de extender la Orden en su patria, junto con fray Enrique de Moravia y el beato Ceslao. Fundó los conventos de Gands (Dantzig) y Kiel y fue un ferviente predicador que buscó la paz y la unidad. Se distinguió por el candor de su vida y la devoción a María. Desde 1238 se estableció en Cracovia, donde murió el 15 de agosto de 1257 y allí se venera su cuerpo. Fue canonizado el 17 de abril de 1594.

Desde pequeño San Jacinto de Polonia manifiesta inclinación por la oración y el estudio, aptitudes que son apoyadas por sus padres. Su carácter es dócil y creativo. Joven aún ingresa en la universidad de Bolonia, donde obtiene el grado de Doctor en Teología y Derecho. Terminados sus estudios se incorpora a una comunidad de presbíteros en Cracovia. En ella se distingue por su lealtad y sinceridad en el trato y aunque las ocupaciones eran muchas, no son impedimento para entregarse a la oración y otros ejercicios de piedad. Sirve a los enfermos en los hospitales y reparte limosnas entre pobres y necesitados. Por su ciencia y sabiduría al interpretar los acontecimientos a la luz de la Palabra de Dios, se persuade de que los bienes eclesiásticos nunca están tan seguros, ni fructifican tanto como cuando están en manos de los pobres.

Apóstol infatigable, los últimos cuarenta años fueron de sacrificios incontables, de trabajos apostólicos, de provincias enteras convertidas, de diócesis erigidas, de templos levantados, hospitales, conventos, asilos... Lo mismo en Europa y en Asia que en la India, entre cristianos o no creyentes.

San Jacinto de Polonia es un hombre pobre, de profunda oración y que aprende no sólo en los libros sino también de su pueblo en su actividad apostólica. De regreso a Cracovia encontrándose próximo a la muerte exhorta a los hermanos a vivirla pobreza evangélica, "porque ella es el documento y el sello que nos da derecho a la vida eterna"

Jacinto de Polonia encuentra en Jesús y María apoyo para liberar al Pueblo de Dios mediante su ministerio de predicación itinerante.

Más información en nuestra sección de [Grandes Figuras](#)

Mar
18
Ago
2020

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beato Manés de Guzmán (18 de Agosto)

"Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos"

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 28, 1-10

Me fue dirigida esta palabra del Señor:

«Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: Esto dice el Señor Dios:

Se enaltecíó tu corazón y dijiste:

“Soy un dios y estoy sentado en el trono de los dioses en el corazón del mar”.

Tú que eres hombre, y no dios,

pusiste tu corazón como el corazón de Dios.

Te dijiste: “Si eres más sabio que Daniel,

¡ningún enigma se te resiste!

Con tu sabiduría e inteligencia

te has hecho una fortuna;

acumulaste tesoros de oro y plata”.

Con tu gran habilidad para el comercio

acrecentaste tu fortuna;

y por tu fortuna te llenaste de presunción.

Por ello, así dice el Señor Dios:

“Por haber puesto tu corazón como el corazón de Dios,

por eso, haré venir contra ti extranjeros,

los más feroces de entre los pueblos.

Desenvainarán sus espadas

contra tu brillante sabiduría,

y profanarán tu belleza.

Te hundirán en la fosa

y perecerás de muerte violenta

en el corazón del mar.

¿Podrás seguir diciendo delante de tus verdugos:
'Soy un dios'? Serás un hombre, y no un dios,
en mano de los que te apuñalen.
Morirás con muerte de incircunciso,
a manos de gentes extrañas.
Porque lo he dicho yo"
—oráculo del Señor—».

Salmo de hoy

Dt 32, 26-27ab. 27cd-28. 30. 35cd-36ab R/. Yo doy la muerte y la vida.

Me dije: «Los aniquilaría,
y borraría su memoria entre los hombres».
Si no temiese las burlas del enemigo,
y la mala interpretación del adversario. R/.

No sea que digan: «Nuestra mano ha vencido,
no es el Señor quien ha hecho todo esto».
Porque es gente que ha perdido el juicio,
y que carece de inteligencia. R/.

¿Cómo puede uno perseguir a mil,
y dos poner en fuga a diez mil,
si no fuera porque los ha vendido su Roca
y el Señor los ha entregado? R/.

El día de su ruina se acerca,
y se precipita su destino.
El Señor hará justicia a su pueblo,
y tendrá piedad de sus siervos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 19, 23-30

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos:

«En verdad os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Lo repito: más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de los cielos».

Al oírlo, los discípulos dijeron espantados:

«Entonces, ¿quién puede salvarse?».

Jesús se les quedó mirando y les dijo:

«Es imposible para los hombres, pero Dios lo puede todo».

Entonces dijo Pedro a Jesús:

«Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?».

Jesús les dijo:

«En verdad os digo: cuando llegue la renovación y el Hijo del hombre se siente en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.

Pero muchos primeros serán últimos y muchos últimos primeros».

Reflexión del Evangelio de hoy

Nuestros triunfos no son nunca del todo nuestros

Estas palabras del profeta Ezequiel son un oráculo contra el rey de Tiro. Esta ciudad era una potencia comercial en el siglo VI a. C., y se le había subido a la cabeza. Se trata de un oráculo de acusación y condena por su orgulloso engrandecimiento. Ciudad y rey presumían de sabiduría e inteligencia, olvidando su debida subordinación al supremo sabio y rey del universo. En consecuencia, ciudad y rey sufrirán un severo castigo: la invasión de la ciudad y la bajada a la fosa de sus ciudadanos, empezando por el rey.

¿Significa eso que nunca podrá nadie felicitarse por sus logros, ni siquiera por los que son legítimos? ¿No será más bien digno de elogio aquel que alcanza metas retadoras en el itinerario de su vida? Reconocer los propios triunfos es incluso un factor de estímulo para seguir consiguiéndolos, para superarse continuamente. Y eso no parece reprochable.

Dos observaciones a este propósito. Una: vivimos en una sociedad competitiva, en la que muchos sectores y personas crecen a costa de otros, buscando el rendimiento y el enriquecimiento a cualquier precio; evidentemente, esto no es compatible con la dignidad de todos. Otra observación, netamente cristiana: la capacidad para superar los obstáculos de la vida tanto individual como colectivamente la recibimos de Dios. No nos hemos hecho a nosotros mismos, aunque parezca a veces que nadie nos ha ayudado a conseguir los objetivos que nos habíamos propuesto.

Dos enseñanzas que podemos aprender: tenemos que dar gracias a Dios por nuestras cualidades, por las circunstancias favorables que hemos encontrado, por las personas que nos han prestado su colaboración; y tenemos que emplear nuestros recursos y conquistas de tal manera que no perjudiquemos a sabiendas a nadie, sino que podamos beneficiar al bien común y contribuir a la superación de las injusticias.

Nuestras riquezas no son nunca sólo para nosotros

Jesús puso en guardia muchas veces a sus discípulos contra las riquezas de este mundo. En su tiempo y en el nuestro, son una verdadera peste contagiosa y persistente. La comparación que utiliza para advertir de eso es muy hiperbólica, muy oriental. En realidad, no son las riquezas en sí lo que perjudica, sino el apego a ellas. La razón es que llevan consigo el prestigio y el poder, dos metas muy ambicionadas por todos nosotros.

También aquí podemos preguntarnos: ¿Acaso no es lícito procurar la productividad, la generación de riqueza? ¿Vamos a contentarnos con una economía de subsistencia? ¿Va a remediar eso las necesidades de tantas gentes hambrientas?

Precisamente el problema está en que las riquezas no las encauzamos a remediar la carestía de tanta gente. Más bien se acumulan en manos de algunos y no sirven al bienestar general. Desprenderse de las riquezas significa dos cosas: que somos capaces y elegimos vivir con sobriedad, porque “no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita”; y que estamos dispuestos a compartir con los demás lo poco o mucho que tenemos.

Pero para adoptar esas actitudes hemos de abrirnos al don de Dios, dejarnos influir por el estilo de Dios que Jesús nos ha descubierto. Él vivió con gran sobriedad y benefició especialmente a los pobres y desvalidos con lo que tenía: el anuncio convincente de que el reino de Dios se estaba haciendo presente entre ellos, y el empeño por hacer el bien y denunciar el mal en medio de la gente que le rodeaba.

Los discípulos de Jesús dejaron lo que tenían, y hasta la familia a la que pertenecían, y lo siguieron en su modo de vida. ¿Estamos nosotros dispuestos a hacer lo mismo?



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Beato Manés de Guzmán

Manés (originariamente: Mamés) es hermano de santo Domingo y fue de gran ayuda a su hermano en la fundación de la Orden ya que en 1217 lo envió con otros frailes a París y en 1219 le encomendó el cuidado de las monjas de Madrid. Según fray Rodrigo de Cerrato, cuando conoció en 1234 la canonización de su hermano, fue a Caleruega y allí predicó a sus paisanos y decidió fundar en el lugar de su nacimiento el actual monasterio dominicano de clausura. Fue imitador perfecto de la santidad de Domingo y eligió desde el primer momento la forma de vida de los Frailes Predicadores. Era hombre contemplativo, apacible y humilde. Murió hacia 1235/1236, probablemente en Caleruega, pero su cuerpo se veneraba en el monasterio cisterciense de Gumiel de Izán, hoy destruido. Su culto fue confirmado el 2 de junio de 1834.

Semblanza Espiritual

Todas las fuentes destacan en Manés (Mamés o Mamerto) su carácter recogido y contemplativo. Dando por hecho que fuera el segundo de los tres hermanos, y en función de los roles asignados en la época, el lugar de Manés en la familia Guzmán y Aza pudo ser en ocasiones más discreto que el de los otros dos hermanos que tuvieron más protagonismo en función de su condición de primogénito (Antonio) y de la trayectoria del pequeño (Domingo). Habría pues que preguntarse si el rol familiar de Manés en la familia forjó su carácter discreto y sencillo, o bien si éste fue reforzado por dicho rol.

En la personalidad de Manés podemos adivinar rasgos comunes con Domingo: austeridad, sobriedad y rudeza del varón castellano. También coinciden en la inclinación y curiosidad por ir más allá de los amplios horizontes de Castilla. Su espíritu de servicio y acoplamiento al proyecto fundacional de su hermano muestra que tiene talante de gregario y hombre de segunda línea y no por ello menos importante.

Igualmente, Manés deja entrever un talante comunitario, obediente y en función de la misión que se le presentaba. Su forma de ser y su manera de hacer muestra un destello dominicano: hacerse a sí mismo mientras se hace la comunidad y viceversa, hacer la comunidad mientras se hace uno mismo.

Más información en nuestra sección de [Grandes Figuras](#)

Mié

19

Ago

2020

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 34, 1-11

Me fue dirigida esta palabra del Señor:

«Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel, profetiza y diles:

“¡Pastores!, esto dice el Señor: Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar las ovejas?

Os coméis las partes mejores, os vestís con su lana; matáis las más gordas, pero no apacentáis el rebaño. No habéis robustecido a las débiles, ni curado a la enferma, ni vendado a la herida; no habéis recogido a la descarriada, ni buscado a la que se había perdido, sino que con fuerza y violencia las habéis dominado.

Sin pastor, se dispersaron para ser devoradas por las fieras del campo. Se dispersó mi rebaño y anda errante por montes y altos cerros; por todos los rincones del país se dispersó mi rebaño y no hay quien lo siga ni lo busque.

Por eso, pastores, escuchad la palabra del Señor: ¡por mi vida! —oráculo del Señor Dios—; porque mi rebaño ha sido expuesto al pillaje, y a ser devorado por las fieras del campo por falta de pastor; porque mis pastores no cuidaron mi rebaño, y se apacentaron a sí mismos pero no apacentaron mi rebaño, por eso, pastores, escuchad la palabra del Señor: Esto dice el Señor Dios: Me voy a enfrentar con los pastores:

les reclamaré mi rebaño, dejarán de apacentar el rebaño, y ya no podrán apacentarse a sí mismos. Libraré mi rebaño de sus fauces, para que no les sirva de alimento”».

Porque esto dice el Señor Dios:

«Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré».

Salmo de hoy

Sal 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6 R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;

me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. R/.

Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. R/.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. R/.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 20, 1-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

«El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña.

Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña.

Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo y les dijo:

“Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido”. Ellos fueron.

Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo:

“¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?».

Le respondieron:

“Nadie nos ha contratado”.

Él les dijo:

“Id también vosotros a mi viña”.

Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz:

“Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros”.

Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más,

pero ellos también recibieron un denario cada uno. Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo:

“Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno”.

Él replicó a uno de ellos:

“Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?».

Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos».

Reflexión del Evangelio de hoy

La envidia que nace por la bondad

El Evangelio de Mateo nos presenta la parábola de los jornaleros contratados a diferentes horas del día. Pero, en la libertad del contratante, fueron tratados con la misma consideración. Todos recibieron lo convenido.

No se trata de abanderar un sentido de justicia porque unos trabajaron toda la jornada, y otros apenas una hora. Todos fueron tratados con la misma bondad, según lo convenido.

Pero, siempre nace en alguien un sentimiento de tristeza o pesar ante el bien ajeno, o nace también un deseo de lo que no se posee. Y eso, se llama envidia. En gran medida, alguna vez, todos la hemos padecido, bien por ser el sujeto envidioso, o bien por sufrir las consecuencias de las personas que envidian.

Mateo contrapone a la envidia, la libertad que tiene una persona de ser bondadosa. La bondad es la natural inclinación de hacer el bien. Y nos compara el Reino de los cielos, el modo de actuar de Dios, con el propietario que sale a buscar jornaleros a distintas horas del día. Es una invitación constante a entrar en el reino de la bondad. Ofrecer el bien, no es injusto; al contrario, es una constante en el modo de actuar de Dios.

Pero a veces deseamos todo aquello que tiene nuestro prójimo. Detestamos su personalidad, su bondad natural, su libertad, sus relaciones; y dejamos de mirar en qué situación está nuestro interior. El envidioso es quien abandona su interior para vivir con irritación la vida del otro.

Hemos de ponernos en la piel de quien padece la actitud de la persona envidiosa. La vida se torna en un sufrimiento inacabable. La única solución es elevarte ante la situación, y procurar que su irritabilidad no te afecte.

La persona envidiosa, cuando se deja llevar por actitudes irracionales, deja de vivir su propia vida, para ser el protagonista de la vida del otro, con la sola intención de amargársela, sin darse cuenta de su propia amargura.

En Dios existe por esencia una inclinación constante de hacer el bien. La bondad es su lenguaje cotidiano. No permite la actitud de la persona

envidiosa, ni renuncia por ello, a su bondad infinita. Su modo de actuar es desde el consuelo, la misericordia y la bondad. Por muy insano que se muestre el corazón del hombre, Dios no puede renunciar a su eterna bondad.

La envidia provoca extrañeza a la persona que es paciente de la persona que envidia. Conocí a una persona que lo tenía todo, sin embargo, envidiaba todo lo que yo era, simulando admiración. Todo se resumía en un constante ataque a mi persona. Le molestaba mis relaciones, mi libertad, mi forma de actuar, y siempre generaba tras mis espaldas un ambiente hostil hacia mí, manipulando a cuantas personas encontraba a su paso. Fue una cruz que tuve que padecer largos años.

Un día, Dios me dio la luz de distinguir mi vida de aquella persona. Y decidí que aquella no era mi lucha. Mi lucha suponía un esfuerzo por mantenerme sereno y en calma frente a la adversidad. Walter Dresel, en su libro *“Apuesta por ti, no dejes que tu vida pase de largo”*, esboza una idea que me convenció para armarme de valor: *“No merece la pena perder el tiempo mirando hacia atrás o hacia el costado, cuando hay tanto que construir interiormente”*. Y también esta otra: *“Vivir permanentemente en un estado de guerra constante sólo atenta contra nuestra necesidad de sensatez y concordia”*.

Entonces, me agarré fuertemente a Dios, y decidí que aquella no era mi guerra, y que no participaría en ella, por mucho que me intentaran forzar a ello. Aposté por mi interior. Prefiero luchar por cosas más importantes y significativas como la bondad y la serenidad que me proporciona Dios cuando digo creo.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Jue 20 Ago 2020
Evangelio del día
Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Bernardo de Claraval (20 de Agosto)

“Id a los cruces del camino”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 36, 23-28

Esto dice el Señor:

«Manifestaré la santidad de mi gran nombre, profanado entre los gentiles, porque vosotros lo habéis profanado en medio de ellos. Reconocerán las naciones que yo soy el Señor —oráculo del Señor Dios—, cuando por medio de vosotros les haga ver mi santidad.

Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra.

Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.

Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres.

Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios».

Salmo de hoy

Sal 50, 12-13. 14-15. 18-19 R/. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará de todas vuestras inmundicias.

Oh Dios, crea en mi un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme.

No me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. R/.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso.
Enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti. R/.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querías.

El sacrificio agradable a Dios
es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 22, 1-14

En aquel tiempo, Jesús volvió a hablar en parábolas a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo, diciendo:

«El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo; mandó a sus criados para que llamaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar otros criados encargándoles que dijeran a los convidados:

“Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda”.

Pero ellos no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás agarraron a los criados y los maltrataron y los mataron.

El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad.

Luego dijo a sus criados:

“La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, llamadlos a la boda”.

Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales, reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo:

“Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda?”. El otro no abrió la boca.

Entonces el rey dijo a los servidores:

“Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes”.

Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos».

Reflexión del Evangelio de hoy

Los textos del día nos ayudan a entrar en diálogo con Dios y dejar que su invitación llegue a lo hondo de nuestra alma y resolvamos nuestra respuesta.

Los textos nos hablan de cambio de corazón de carne, de ropaje de boda, de fiesta grande si aceptamos entrar en el convite del Reino, de libertad para decidir, de responsabilidad personal, de capacidad para escuchar la invitación, de comprensión del mensaje.

Os daré un corazón nuevo

El libro de Ezequiel presenta una preocupación central: infundir esperanza a una comunidad sometida a graves crisis. Y en los versículos de hoy nos muestra a un Dios con palabras alentadoras y entrañables “vosotros seréis mi pueblo” “yo seré vuestro Dios”.

¿Acaso no hemos experimentado a lo largo del recorrido de nuestra vida estas palabras del profeta Ezequiel? ¿Ser su pueblo, pertenecer a una comunidad cristiana, encontrarnos celebrando con otros creyentes como hermanos en la fe? Seréis mi pueblo, sois mi pueblo y si me dejáis, puedo cambiar vuestro corazón para hacerlo carne en mi carne.

Un banquete de bodas

Mateo presenta a Jesús utilizando parábolas en las que, de una manera sencilla y accesible para todos, encierra una verdad espiritual. Siempre son ejemplos de la vida cotidiana que nos hablan de la capacidad de Jesús para hacerse entender por todos. Como hemos visto tantas veces se vale de ejemplos de la vida cotidiana.

Nos encontramos con la parábola del banquete de bodas, en la que explica, de una manera más comprensible para los oyentes, diferentes aspectos del Reino de Dios.

No es mi objetivo hacer exégesis de los textos que presento más bien una aplicación pastoral para el hoy de nuestra vida de creyente, perteneciente o no a una comunidad cristiana.

Sólo una palabra respecto al contexto. Las comunidades de Mateo son preferentemente judeocristianas en las que comenzaban a unirse muchos paganos. Esto crea una situación de conflicto con dificultades de aceptación de muchos y con el rechazo de algunos a la inclusión de los paganos.

Por otra parte, Jesús, cuando pronunció esta parábola estaba hablando a los principales sacerdotes y ancianos del pueblo.

La boda es sinónimo de alegría, de felicidad, de plenitud, Jesús para hablarnos del Reino de Dios nos habla de una boda y una invitación que dirige TODOS, judíos y paganos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, inmigrantes o nativos, a participar de la fiesta, de la alegría del Reino.

¿Y los invitados? Parece que en el trasfondo de las palabras de Jesús está el rechazo del pueblo de Israel al Mesías.

¿Y los invitados? Yo, tu, comunidades, iglesia...

¿Escuchamos al Señor, escuchamos la voz de los sin voz a través de la cual Dios también nos llama? ¿Dejamos que Él vaya cambiando nuestro corazón, nuestras actitudes?

Porque hay una respuesta clara a la invitación, no me interesa. Mis prioridades son otras.

Dios no se rinde pero nosotros... priorizamos tantas y tantas cosas en lo cotidiano de nuestra vida que nos dificultan, si no el oír sí el responder porque no acabamos de captar todo lo que esta invitación nos puede aportar a nuestra vida, alegría, plenitud. Tengo tantas cosas que hacer...

“Id a los cruces del camino”. Seguro que en alguno de estos tres escenarios nos encontramos nosotros respondiendo a la invitación del Señor,

captando la llamada que hace a todos, hoy el “todos” es más amplio que judíos y paganos del tiempo de Jesús. Sintámonos invitados y alegrémonos cuando nos encontramos con nuevos invitados algunos quizá, fuera de nuestros esquemas.

Y una vez aceptada la invitación de Jesús a participar de su Reino, nos advierte que sus seguidores, los que se comprometen con su causa, han de revestirse de unas actitudes nuevas. “Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia...” (Col 3,12-14)

Señor que no sea nunca indiferente a tu invitación y acompaña mis deseos adecuar mi vida a mi compromiso cristiano.



Hna. Mariví Sánchez Urrutia
Congregación de Dominicas de La Anunciata

San Bernardo de Claraval

*Abad, doctor de la Iglesia
Castillo de Fontaines (Borgoña, Francia), 1090 – Claraval, 20-agosto-1153*

En el Mundo

Nacido en el castillo de Fontaines —Borgoña— en el año 1090, **San Bernardo de Claraval** fue el tercero de seis hermanos con que Dios bendijo el hogar de Tescelín y Alicia de Montbar. Poco sabemos de su infancia, fuera de algunas leyendas en las cuales no es posible detenerse. Sólo nos fijaremos en la acaecida en Chatillón una noche de Navidad, cuando era muy pequeño. Habiendo llegado con sus padres demasiado pronto, se quedó dormido. Entonces se desplegó ante su alma angelical el misterio de Belén y contempló al Niño recién nacido en brazos de su Madre. De esta visión imaginaria arranca aquella dulzura que depositará luego en sus escritos, mereciendo el título de Doctor Melífluo.

Pocos años hacía que el Cister había comenzado a irradiar celebridad en la comarca, bajo un ideal de vida santa tan austero, que pocos se comprometían a entrar por aquel camino estrecho. El abad Esteban Harding temía por el porvenir de su obra, Pero Dios suscitó a Bernardo, quien, puesto al habla con él y lograda su admisión en Cister, comenzó a hacer un intenso apostolado vocacional. No es fácil encontrar un pretendiente a la vida religiosa que haya tenido la osadía de iniciar una campaña semejante con tan felices resultados. Bernardo la puso en marcha entre sus amigos y parientes y tales razones les expuso que arrastraba a todos de manera irresistible.

Abad de Claraval

Llegado el día prefijado, se presentó Bernardo en Cister seguido de treinta candidatos; todos abrazaron la vida religiosa con ansias de verdadera entrega, y todos perseveraron fieles en su vocación... Gracias a él y a sus compañeros, la Orden del Cister se consolidó y propagó a la mayor parte de las naciones europeas, hasta el punto de considerarle muchos como fundador del Cister. Bernardo le comunicó un impulso espectacular, de los más grandes que se conocen en la Iglesia, porque las vocaciones continuaron afluyendo al Cister, hasta el punto de que ya en 1113 fue preciso hacer la primera fundación en la Ferté.

Al año siguiente surgía la segunda, Pontigny, y en 1115 salía la tercera, Claraval, a **cuyo frente puso San Esteban a Bernardo**, recién salido del noviciado, con sólo 25 años. El tiempo demostró el gran acierto de Esteban en elegirle para capitanear aquel grupo de monjes que echaron los cimientos de esta abadía, una de las más célebres de todos los tiempos. A pesar de ser una persona enfermiza, el joven abad llegaría a ser una auténtica lumbrera de la Iglesia.

Claraval sería durante siglos foco potente de irradiación espiritual, cuyo benéfico influjo se extendió a toda Europa. San Bernardo inmortalizó su abadía: es el gran propagador del monacato en el siglo XII, el reformador de costumbres, la personificación más genuina de la orden. A su lado se forjaron legiones de monjes que llevarían a todas partes un considerable bagaje de experiencias en los caminos de Dios, así como en el campo de la cultura, del arte y en el trabajo agrícola. La labor colonizadora de los monjes del Cister puede situarse entre las más brillantes que se han visto en el campo monástico de todos los tiempos. Cuando falleció, el 20 de agosto de 1153, dejaba tras de sí más de cincuenta abadías fundadas de nueva planta, y otras tantas recibidas en filiación de distintas observancias.

Digamos no obstante, que no todo fue perfecto en él. Las excesivas penitencias a que se entregó en sus primeros tiempos de formación, estragaron de tal manera su salud, que toda su vida tendría que lamentar sus consecuencias, por haber quedado su naturaleza muy debilitada. Además, en sus primeros tiempos de abad, podemos decir que participaba algo del proceder de un excesivo integrismo en el sentido de que quería a sus hijos tan perfectos, que no concebía que se dieran en ellos faltas provenientes de la flaqueza humana.

En consecuencia estaba convirtiendo Claraval en un verdadero purgatorio, pero tenía la particularidad de ser hombre humilde y comprensivo: escuchó las advertencias de los monjes avezados en años y curtidos en la virtud, que **le recordaron que aquel no era el camino a seguir**, que no estaba entre ángeles, sino entre criaturas débiles e imperfectas que trataban de conseguir la virtud. Escuchó tales amonestaciones cariñosas, cambió de proceder, y luego llegó a hacer esta confidencia: «Si la misericordia fuera pecado, yo no me podría salvar».

Hombre de Iglesia

Bernardo hubiera deseado permanecer en su monasterio dedicado a la contemplación. Para eso abandonó el mundo y se retiró al claustro. Pero la Iglesia contaba con Bernardo en el turbulento siglo XII para asegurar el orden, la paz y la ortodoxia.

Dentro del mundo monástico, **Bernardo ha de intervenir en las luchas entre cluniacenses y cistercienses**. Su obra Apología da por zanjada la cuestión, a base de una sabiduría que no es de este mundo y una humildad propia de los santos.

En cuestiones de vida eclesial, Bernardo asiste al Concilio de Troyes, **que afrontaba el asunto delicado de la organización de la vida y la regla de los templarios**. Es Bernardo quien lleva la voz cantante, que todos aceptan como lo más idóneo. Mucho más grave fue el Cisma del antipapa Anacleto II frente al papa Inocencio II. Con gran habilidad y amor a la Iglesia, **Bernardo logró que el antipapa pidiera perdón al papa y la Iglesia recobrara su unidad**. Pero su intervención en la vida y el magisterio de los papas llegó a su culmen cuando fue elegido para obispo de Roma el abad cisterciense Eugenio de Pisa, que tendría por nombre Eugenio III. Aunque por una parte se pone en su sitio – « Ya no me atrevo a llamaros hijo, pues el hijo se ha convertido en padre» –, no tiene ningún reparo en decirle que debe llevar a cabo la urgente reforma del clero y de la vida de la Iglesia en todos sus estamentos.

El mismo papa Eugenio III no encontró en toda la Iglesia a nadie más idóneo para predicar la Segunda Cruzada, a fin de rescatar los Santos Lugares del dominio musulmán. En marzo de 1146, en la asamblea de Vézelay, ante los reyes de Francia, obispos, abades y caballeros de toda la cristiandad, leyó Bernardo la bula del papa, y con tal elocuencia habló después a los asistentes que, desde los reyes hasta los guerreros de profesión, pasando por los nobles, se alistaron en la Cruzada en nombre del Señor. **Luego recorrería gran parte de Europa** – un hombre de salud quebrantada y con

más de cincuenta y seis años – para enardecer a las multitudes y lograr el resultado que el papa sintetiza con estas palabras: «Las ciudades y los castillos quedan vacíos, y apenas se hallará un hombre por cada siete mujeres. Europa se lanza con sus mejores fuerzas a la conquista de Tierra Santa».

Finalmente, **Bernardo actúa como defensor de la verdad**, frente a los errores de su tiempo. Así, en el Concilio de Sens, el abad de Claraval señala públicamente diecisiete proposiciones erróneas de Abelardo sobre artículos del credo católico, desde la Trinidad hasta la moral cristiana. Y Abelardo acepta el veredicto de Bernardo y somete su doctrina a los criterios católicos expuestos por el santo. Asimismo, el discípulo de Abelardo, Gilberto de la Porrée, reconoció sus errores, puestos de manifiesto por Bernardo en el Concilio de Reims.

Espiritualidad y Teología

Los dos años transcurridos en Cister, en la escuela de Esteban Harding, fueron suficientes para **forjar en Bernardo una espiritualidad sólida que se iría consolidando con el correr de los años, merced a una meditación asidua de la Palabra de Dios**, que la convertiría en vida propia, y a la fidelidad exquisita al soplo del Espíritu, que se derramaba efusivo en su alma por medio de gracias abundantes. Los amores del corazón de Bernardo se centraron en todo aquello que era capaz de llevar las almas a Dios. Pero entre esos grandes amores, había un binomio que resaltaba por encima de todos, mejor dicho, los aglutinaba en apretado haz, eran Cristo y María.

Sí el Apóstol de las gentes proclamaba ante sus discípulos que su «vivir era Cristo», **San Bernardo no lo decía con palabras, lo manifestaban sus obras de fidelidad a la gracia**, lo pregonaban a diario aquel celo proselitista que le distinguía, aquella ansia de llevar las almas al Redentor. Todos sus misterios le son familiares, en su contemplación se sumerge cada día, y de ellos extrae sin cesar material para alimentar la vida espiritual de sus monjes.

El monje Medardo, abad de un monasterio próximo a Claraval, contó a sus monjes que cierto religioso —todos creyeron que se refería a sí mismo— tuvo la dicha de presenciar un día a San Bernardo arrodillado devotamente delante de un Santo Cristo «al que besaba con toda devoción», y vio cómo Cristo desprendió sus brazos de la cruz y estrechaba al santo contra su pecho. El monje, estupefacto ante aquel prodigio inaudito, no quiso acercarse para no interrumpir aquella intimidad con Cristo, o darle a entender que le estaba espionando, y se retiró en silencio, pensando que «aquel santo hombre por su oración y su vida era verdaderamente sobrehumano» (Exordio magno, 2, 7). Ribalta, inmortalizó **esta escena en un precioso cuadro que se puede contemplar en el Museo del Prado de Madrid**.

Hubo en Claraval un monje joven que, cediendo a los consejos de un familiar suyo —en una de las prolongadas ausencias de Bernardo— salió al mundo y se hizo clérigo regular. Al volver el santo y encontrarse con aquella novedad desagradable, le escribió una carta en que desahoga sus sentimientos paternales, y nos descubre algunos quilates de ese amor acendrado a Cristo. Citamos unos conceptos: «¡Qué pena! ¿Cómo te has cansado tan pronto de Cristo, cuando está escrito de él: Miel y leche debajo de su lengua? No comprendo cómo el sabor de una comida tan dulce te produzca náuseas, en el caso de que llegaras a gustar qué dulce es el Señor. Pero estoy seguro de que aún no lo has gustado e ignoras a qué sabe Cristo; por eso no te apetece, por no haberlo experimentado. Y si lo has gustado y no te supo a miel, es señal de que no tienes normal el paladar. Porque él, que es la misma sabiduría de Dios, dice: El que me come tendrá más hambre, y el que me bebe, tendrá más sed. Mas, ¿cómo puede tener hambre y sed de Cristo, quien se sacia cada día con bellotas de los cerdos? No se puede beber a la vez el cáliz de Cristo y el cáliz de los demonios...»

Bernardo y María

Si Bernardo fue un amante apasionado de Cristo, no menos lo fue de la Virgen Madre: son dos amores inseparables, habiendo vivido intensamente la filiación mariana y enseñado a las almas los caminos seguros para llegar a poder vivirla también. **Es uno de los escritores marianos que más han influido en el fomento de la piedad mariana** de todos los tiempos, en la nutrición de la devoción mariana universal de todos los tiempos.

La devoción mariana era lo que más inculcaba a sus hijos. No es de extrañar que Bernardo la llevara muy prendida en su alma y se le aumentara al ingresar en el Cister. Hablar de María es para San Bernardo un gran placer, constituye una delicia que llena y transforma su ser... **En su concepto María es el camino más recto y seguro para acercarnos a Jesús**, cuando dice: «Ya habéis advertido, si no me engaño, que la Virgen es el camino real por donde viene el Salvador... Teniendo, pues, ya a la vista el camino, procuremos también nosotros, amadísimos, subir por él al mismo Señor que por ella bajó a nosotros y venir por ella a la gracia del mismo que por ella vino a nuestra miseria».

En el sermón de la Asunción, San Bernardo..., gozándose de la maternidad con el honor de la virginidad, **nos descubre preciosidades inauditas encerradas en el corazón de la Virgen**: «Una cosa hay en la cual no tuvo antes semejante ni la tendrá jamás, es el haberse juntado en ella los gozos de la maternidad con el honor de la virginidad. Esta idea de la maternidad divina la lleva el santo tan metida en el alma, que hablando a sus monjes, se expresaba en estos términos: «Que sea Virgen y Madre una misma, es cosa indudablemente admirable y singular. Jamás se oyó decir que una virgen diera a luz, ni que una madre permaneciese virgen. Nunca, según el orden de las cosas, se halla la virginidad donde está la fecundidad, ni la fecundidad donde se conserva íntegra la virginidad. Ésta es única en quien la fecundidad y virginidad se abrazaron mutuamente. En María se hizo una vez lo que nunca fue hecho ni se hará jamás; porque ella es la que no tiene primera semejante, ni segunda que la siga».

Quizá la nota más destacada en el santo es su insistencia reiterada en defender por todos los medios la perpetua virginidad de María, antes del parto, en el parto y después del parto. Con qué delicadeza, con qué finura y respeto trata este punto el Doctor Meliflúo, cuando nos pondera la sublimidad de Cristo, en su modo de comportarse con aquella Madre que dio el sí generoso a la obra redentora no obstante su propósito firme de permanecer virgen: «¿A quién podrá parecer áspero aquel que a su misma Madre no le ocasionó la menor molestia ni lesión en el momento de su nacimiento?» «¡Oh milagros verdaderamente nuevos! La concepción fue sin menoscabo del pudor, el alumbramiento sin dolor. La maldición de Eva se mudó en nuestra Virgen, por haber dado a luz a su hijo sin dolor; se mudó, repito, la maldición en bendición, como había sido predicho por su prima Isabel: Bendita tú entre las mujeres».

La estrella del mar

Si San Bernardo supo adentrarse como pocos en las profundidades incommensurables del nombre de Jesús, algo parecido le sucede cuando escribe respecto del dulce nombre de María, acertando a extraer de él preciosidades sin cuento, que recreaban su alma y la hacían arder en llamaradas de amor intenso hacia la Virgen Madre. **En el nombre de María supo encontrar un verdadero hontanar de gracias, un revulsivo contra todos los**

achaques de que está tan atosigada la naturaleza humana. Dice San Bernardo: «¡Oh!, quienquiera que tú seas, el que en la impetuosa corriente de este mundo te miras más bien fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por tierra firme, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si no quieres verte sumergido bajo las aguas.

»Si se levantan vientos de tentaciones, **si tropezares en escollos de tribulaciones: mira a la estrella, invoca a María** . Si te ves sacudido por las olas de la soberbia, de la detracción, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, invoca a María.

»Si la ira, la avaricia, el deleite carnal, sacudieren con furia la navecilla de tu alma, vuelve los ojos a María.

»Si, turbado ante el recuerdo de tus enormes pecados, o aturdido por la deformidad de tu conciencia, o aterrado ante el pavor del juicio, comienzas a sumergirte en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas, piensa en María, invoca a María. Que María no se aparte de tu boca, que no se aparte de tu corazón, y a fin de obtener los sufragios de su intercesión, no te apartes de los ejemplos de su vida.

»Si la sigues, no te descaminarás; si recurres a ella, no te desesperarás; si en ella piensas, no te perderás; si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; si te dejas llevar por ella, no te fatigarás; si ella te ampara, llegarás felizmente al puerto. Así experimentarás en ti mismo con cuánta razón se dijo: Y el nombre de la Virgen era María.»

Damián Yáñez, O.C.S.O.

Vie
21
Ago
2020

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: San Pío X (21 de Agosto)

“Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 37, 1-14

En aquellos días, la mano del Señor se posó sobre mí.

El Señor me sacó en espíritu y me colocó en medio de un valle todo lleno de huesos. Me hizo dar vueltas y vueltas en torno a ellos: eran muchísimos en el valle y estaban completamente secos.

Me preguntó:

«Hijo de hombre: ¿podrán revivir estos huesos?».

Yo respondí:

«Señor, Dios mío, tú lo sabes».

Él me dijo:

«Pronuncia un oráculo sobre estos huesos y diles: “¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor! Esto dice el Señor Dios a estos huesos: Yo mismo infundiré espíritu sobre vosotros y viviréis. Pondré sobre vosotros los tendones, haré crecer la carne, extenderé sobre ella la piel, os infundiré espíritu y viviréis. Y comprenderéis que yo soy el Señor”».

Yo profeticé como me había ordenado, y mientras hablaba se oyó un estruendo y los huesos se unieron entre sí. Vi sobre ellos los tendones, la carne había crecido y la piel la recubría; pero no tenían espíritu.

Entonces me dijo:

«Conjura al espíritu, conjúralo, hijo de hombre, y di al espíritu: “Esto dice el Señor Dios: ven de los cuatro vientos, espíritu, y sopla sobre estos muertos para que vivan”».

Yo profeticé como me había ordenado; vino sobre ellos el espíritu y revivieron y se pusieron en pie. Era una multitud innumerable.

Y me dijo:

«Hijo de hombre, estos huesos son la entera casa de Israel, que dice: “Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, ha perecido, estamos perdidos”. Por eso profetiza y diles: “Esto dice el Señor Dios: Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago” —oráculo del Señor—».

Salmo de hoy

Sal 106, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 R/. Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia.

Que lo confiesen los redimidos por el Señor,
los que él rescató de la mano del enemigo,
los que reunió de todos los países:
oriente y occidente, norte y sur. R/.

Erraban por un desierto solitario,

no encontraban el camino de ciudad habitada;
pasaban hambre y sed,
se les iba agotando la vida. R/.

Pero gritaron al Señor en su angustia,
y los arrancó de la tribulación.
Los guió por un camino derecho,
para que llegaran a una ciudad habitada. R/.

Den gracias al Señor por su misericordia,
por las maravillas que hace con los hombres.
Calmó el ansia de los sedientos,
y a los hambrientos los colmó de bienes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 22, 34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, se reunieron en un lugar y uno de ellos, un doctor de la ley, le preguntó para ponerlo a prueba:

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?».

Él le dijo:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente».

Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas».

Reflexión del Evangelio de hoy

Hombre mortal, ¿podrán revivir estos huesos?

Especial, significativo el pasaje que nos presenta hoy el profeta Ezequiel de los huesos secos, que simbolizan el pueblo de Dios. Entrañable el diálogo que mantiene Yahvé con el profeta. “¿Hombre mortal, podrán revivir estos huesos?”. Ante el asombro de Ezequiel, el Señor vuelve a dar vida a esos huesos secos. “Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío, sabréis que soy el Señor. Os infundiré mi espíritu y viviréis; os colocaré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago”.

¿Cómo no relacionar este pasaje con la promesa de Jesús de nuestra resurrección? “Yo soy la resurrección y la vida el que cree en mí aunque muera vivirá para siempre”. Pero la promesa de Jesús va más allá. Se la ofrece a todos los hombres de todos los tiempos. Jesús siempre viene en nuestra ayuda. Nos asegura que la muerte no es nuestro final, que nuestro destino último es como el de él, es la resurrección a una vida de total felicidad. Al acabar nuestro trayecto terreno, Jesús nos está esperando para decirnos: “Venid benditos de mi Padre a disfrutar del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”. También nuestros huesos secos revivirán.

El mandamiento principal

Cualquier seguidor de Jesús que no conociese la pregunta que un fariseo dirige en el evangelio de hoy a Jesús, sabría, antes de escuchar a Jesús, cuál iba a ser su respuesta. No podía ser otra. Por si nos cabían dudas de si el amor es lo más importante de la vida humana, oyendo a Jesús se nos disipan todas nuestras posibles dudas. Jesús nos asegura que el amor es lo más importante de la vida humana. La explicación es bien sencilla. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, y si Dios es Amor también nosotros somos amor, seres amorosos, que instintivamente deseamos amar y ser amados.

Por si nos quedaban dudas, Jesús nos aclara con rotundidad que nuestro amor se lo debemos dirigir a nuestro Dios y amarle con todas nuestras fuerzas que para algo es nuestro Dios, y también a nuestros semejante y a nosotros mismos. El amor debe presidir nuestra vida. De tal manera que Jesús llegará a decirnos que debemos amar incluso a nuestros enemigos. Es que si se nos ocurre ir por el camino contrario del amor sacaremos suspenso en el vivir, y la tristeza y el mal sabor de boca y de alma nos invadirán...



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Pío X

[De nombre José Melchor Sarto, fue ordenado sacerdote en 1858, y consagrado obispo de Mantua en 1884. El 12 de junio de 1893 es nombrado cardenal y trasladado al patriarcado de Venecia.]

Papa

Cuando murió el papa León XIII, en julio de 1913, después de un largo pontificado, Sarto era un cardenal modesto, sin especial significado dentro del colegio cardenalicio y nadie -y menos él- pensaba o hablaba de él como futuro papa. Pero tenía mejor fama de lo que él sospechaba, y aunque al principio el cónclave pareció dirigirse a la elección del cardenal Rampolla, no faltaron algunos votos por Sarto, que él se tomó con buen humor.

El vuelco del cónclave se produjo cuando el cardenal Puzyna, en nombre del emperador Francisco José I de Austria, interpuso veto a la elección de Rampolla. La reacción de los cardenales no fue la de apoyar al vetado, sino que empezaron a pensar en otro candidato, sin que se consolidase el que hasta entonces venía detrás de Rampolla. Poco a poco los votos se fueron sumando a Sarto y éste se encontró con la posibilidad real de que iban a elegirlo papa. Sano lloró y pidió que pensarán en otro: no se sentía preparado para tal carga, dado el concepto humilde que tenía de sí mismo. Y esta humildad, que se puso de manifiesto en la sinceridad con que rechazaba el pontificado, sirvió para que finalmente los votos necesarios confluyeran en él. El 4 de agosto de 1903 se producía la elección. Sarto respondía: Acepto el papado como una cruz. Y tomó el nombre de Pío X en honor a los papas que, con el nombre de Pío, desde la revolución francesa tanto habían sufrido por la Iglesia. Tomó como lema: Instaurar todas las cosas en Cristo. Y dejó claro el programa de su pontificado en la encíclica *E supremi apostolatus Cathedra*, del 4 de octubre de 1903.

A veces se resume el pontificado de San Pío X aludiendo a su ruptura con Francia y a su ataque al llamado modernismo. Y no es justo. Porque es cierto que en aras de la independencia de la Iglesia se mantuvo firme con la República francesa y ésta se orientó a un laicismo tremendo que hizo padecer mucho a la Iglesia y como resultado del cual la Iglesia perdió para siempre su influencia sobre la sociedad francesa. Y es cierto que, viendo en el modernismo un resumen de todas las herejías, lo combatió de forma implacable, pero San Pío X fue un verdadero pastor y un gran reformador de la vida católica, a la que llamó a nuevos impulsos, a proponerse nuevas metas y saber estar en medio de una sociedad que renegaba de Dios de forma tan clara.

Sobre la sede de Pedro brillaron en San Pío X todas las virtudes que ya había practicado en la parroquia y en la diócesis, pero ahora el candelero era más alto y su luz se difundía más ampliamente. Tenía una fidelidad heroica a los principios y pensaba en la Iglesia sobre todo a partir de su misión atemporal, que debe ejercer lo mismo en los tiempos favorables que en los de tribulación, y creía firmemente que la Iglesia tiene de suyo recursos morales y culturales como para bastarle su propia tradición sin tener que acudir a préstamos del mundo moderno. El papa hacía gala de una fortaleza moral que recordaba la de los mártires. Y creyó en conciencia que el depósito mismo de la fe era puesto en peligro gravísimo por el modernismo, y de ahí su reacción, una reacción brotada del más estricto sentido del deber.

San Pío X reformó muchas cosas, sin tener miedo de qué cosas necesitasen reforma. Y así modificó la curia romana dándole una nueva estructura. Igualmente introdujo reformas en el calendario, en el breviario y en otros aspectos de la liturgia. Promulgó normas sobre la edad, más temprana de la primera comunión de los niños y sobre la comunión frecuente, que alejaron de la Iglesia los restos del jansenismo. Impulsó la música sacra, recuperando para ella el sentido religioso y alejando los modos profanos que se habían introducido. Dio a la parroquia la principalidad que tiene en el fomento de la vida cristiana. Con ayuda de monseñor Casparri, el futuro cardenal, Pío X acometió la codificación del derecho canónico, aunque moriría sin haber podido promulgar el código, cosa que haría su sucesor Benedicto XV. Formó una comisión para promover los estudios bíblicos, cuya primera tarea era la revisión del texto de la Vulgata y en 1909 fundó el Pontificio Instituto Bíblico, encomendado a la Compañía de Jesús. Dio diferentes y oportunas normas sobre el catecismo y se publicó uno con su nombre.

[...] Pío X vio venir la Primera Guerra Mundial y se dio cuenta de los horrores que iba a significar y de su inutilidad para solventar los problemas sociales y políticos de su tiempo, e hizo los esfuerzos que estaban a su alcance para impedir la guerra. Sobre su apoyo a Austria circulan versiones contradictorias, una de ellas, la de que se negó a bendecir al ejército austriaco, diciendo que él bendecía la paz y no la guerra. Ciertamente el 2 de agosto de 1914 lanzó un llamamiento manifestando su dolor personal ante la inminencia del conflicto y solicitó de los católicos sus más fervorosas oraciones por la causa de la paz.

Se dice que la declaración de la guerra arruinó definitivamente la salud del papa. Se sintió ante ella sumamente triste y dolorido. Una bronquitis le condujo a la muerte el día 20 de agosto de 1914.

Glorificación

Pío X gozó en vida de gran fama de santidad. Todos los que lo trataron estuvieron de acuerdo en que la conciencia del papa era inmaculada, su bondad no tenía límites, su humildad era sincera, su pobreza voluntaria la había llevado adelante incluso en el papado, no beneficiándose en riada de la nueva situación. No quiso tener consigo a sus hermanas en el palacio apostólico, sino que les buscó una casita en Roma, y les pasó una modesta pensión. En su testamento simplemente las encomienda a la caridad de su sucesor. Se negó a que su familia fuera ennoblecida ni llevaran sus parientes títulos pontificios, diciendo que ellos eran simplemente los familiares del papa. Todos exaltan su caridad sin límites, pues no podía enterarse de una necesidad sin intentar en seguida remediarla, desprendiéndose de todo lo suyo con enorme facilidad y viviendo por ello siempre en carencia de fondos. Hospitales y casas de beneficencia romanos aprendieron bien la eficaz y generosa caridad del papa. Había aprendido a vivir de la forma más austera. Había sido un alma de continua oración y diálogo con el Señor y había dado un alto ejemplo de servicio desinteresado y generoso a la Iglesia.

Millones de fieles veían en Pío X al hombre santo que había acertado con la renovación espiritual de la Iglesia. Sus normas prácticas sobre confesión y comunión, sobre primeras comuniones, sobre las misas dominicales y la música, su catecismo, su impulso a la Acción católica, a la caridad con los pobres y otras muchas cosas habían dejado en los fieles la sensación de haber tenido al frente de la Iglesia a un verdadero santo.

La introducción de su causa de beatificación tuvo lugar el año 1923 y en su proceso se estudió cuanto había hecho y dicho, quedando clara su buena fe y voluntad y su unión con Dios. Por ello, aprobados dos milagros, fue beatificado en 1951, procediéndose a su canonización el 29 de mayo de 1954. Era el primer papa canonizado después de San Pío V. Su cuerpo reposa ahora debajo del altar de la capilla de la Presentación en la basílica vaticana, donde puede ser visitado y venerado por los fieles.

José Luis Repetto Betes

Sáb
22
Ago
2020

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Santa María Reina (22 de Agosto)

“Uno solo es vuestro maestro, el Mesías”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 43, 1-7a

El ángel me condujo al pórtico oriental.

Vi la Gloria del Dios de Israel que venía de Oriente, con un estruendo de aguas caudalosas. La tierra se iluminó con su Gloria. Esta visión fue como la visión que había contemplado cuando vino a destruir la ciudad, y como la visión que había contemplado a orillas del río Quebar.

Caí rostro en tierra.

La Gloria del Señor entró en el templo por la puerta oriental.

Entonces me arrebató el espíritu y me llevó al atrio interior.

La Gloria del Señor llenaba el templo.

Entonces oí a uno que me hablaba desde el templo, mientras aquel hombre seguía de pie a mi lado, y me decía:

«Hijo de hombre, este es el sitio de mi trono, el sitio donde apoyo mis pies, y donde voy a residir para siempre en medio de los hijos de Israel».

Salmo de hoy

Sal 84, 9abc y 10. 11-12. 13-14 R/. La gloria del Señor habitará en nuestra tierra

Voy a escuchar lo que dice el Señor:

«Dios anuncia la paz

a su pueblo y a sus amigos».

La salvación está cerca de los que le temen,

y la gloria habitará en nuestra tierra. R/.

La misericordia y la fidelidad se encuentran,

la justicia y la paz se besan;

la fidelidad brota de la tierra,

y la justicia mira desde el cielo. R/.

El Señor nos dará la lluvia,

y nuestra tierra dará su fruto.

La justicia marchará ante él,

la salvación seguirá sus pasos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 23, 1-12

En aquel tiempo, habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo:

«En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen. Lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y agrandan las orlas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame “rabbí”.

Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar “rabbí”, porque Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos.

Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque Uno solo es vuestro Padre, el del cielo.

No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Mesías.

El primero entre vosotros será vuestro servidor.

El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

La Gloria del Señor habita en medio de los hombres

El profeta Ezequiel estimula al Pueblo con esta visión que el Señor le ha regalado. No todo van a ser malas noticias y en medio de los problemas que el pueblo está sufriendo hay una palabra de esperanza. Dios promete levantar de nuevo un templo en medio del pueblo de Israel, todavía con mayor abundancia de bienes y recursos que en las visiones que el profeta había relatado anteriormente. No sólo es el Dios poderoso que puede sobre los ejércitos enemigos, ni el Dios que provee agua y fertilidad a la tierra entregada, sino que es el mismo Dios en su Gloria quien ahora habitará para siempre en medio de su pueblo. Es la gloria de Dios, el mismo Dios quien ha escogido morar en medio de ellos y proteger asiduamente a su pueblo. “Es el sitio de mi trono, el sitio de las plantas de mis pies”, mi morada permanente en medio de vosotros. Esta visión tan imponente y a la vez tan desconcertante, es la que mantiene la fe del pueblo y la esperanza para alabar y engrandecer a su Señor. Por encima de cualquier contrariedad, con total confianza y seguridad en el recorrido de su historia, Dios está en medio de ellos, Dios no abandona a su Pueblo ni lo deja de su mano. El reino de Gloria de Dios les permite confiar plenamente que sobre cualquier acontecimiento Dios les protegerá.

En la debilidad resplandece la grandeza y la salvación de Jesús

En este evangelio de Mateo Jesús nos previene contra algunos de los pecados capitales que la sociedad, ya desde entonces, fomenta y justifica. Han quedado grabadas estas palabras de Jesús denunciando la conducta hipócrita de los sacerdotes y letrados para calificar como fariseo todo este comportamiento. Jesús pone unos cuantos ejemplos que hoy tienen la misma vigencia: cargan pesadas normas sobre los demás que ellos eluden, les gustan los primeros puestos y que les hagan reverencias por la calle, predicán pero no cumplen lo que dicen... Jesús denuncia esa sociedad hipócrita que aparenta pero no profundiza en el verdadero mensaje de Dios. Una sociedad, aquella de Jesús, que predica el mensaje divino pero que no interioriza una sola palabra del mismo. Una sociedad ritualista que ignora, a sabiendas, el verdadero mensaje que hay detrás de esa Palabra de Dios. Por eso Jesús dice que no llamemos a nadie “maestro”, en el sentido de los pretenciosos que hablan por boca de Dios promocionando sus intereses, ni llamemos a nadie “jefe”, porque “uno sólo es vuestro Señor Cristo” que no ha venido a ser servido, sino a servir, a dar su vida en provecho de todos los hombres. Cambia totalmente la perspectiva de valores que prima en aquella y en nuestra sociedad. Se acabó el aparentar, el enriquecimiento a cualquier precio, el desconocer los sufrimientos y necesidades de la gente para construir un mundo solo para privilegiados y selectos. Los débiles, los más vulnerables, los que la sociedad margina por falta de oportunidades, por discapacidad, enfermedad o cualquier otra situación, son los protegidos de Dios, aquellos a quienes Él quiere reflejar su Gloria y poner en primer lugar. Como creyentes en el Jesús anonadado, ésta debe ser nuestra prioridad. Difícil, pero exigente y necesaria para cumplir lo que el evangelio de Jesús quiere de nosotros. Contamos con la fuerza y la presencia de Dios y su Reino, y de María, Reina del cielo y madre nuestra para llevar adelante este mensaje de Jesús.



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

Santa María Reina

Dios te salve, Reina y Madre... Reina de los ángeles, Reina de los patriarcas, Reina de los profetas, Reina de los apóstoles, Reina de los mártires, Reina de los que viven su fe, Reina de los que se conservan castos, Reina de todos los santos, Reina concebida sin pecado original, Reina elevada al cielo, Reina del Santísimo Rosario, Reina de la familia, Reina de la paz...

María quiso ser Virgen. Y Dios aceptó su deseo y la enriqueció con la maternidad divina, sin perder la virginidad. María nunca pensó en ser Reina. Pero Dios la colocó por encima de todos los coros celestiales, y los hombres de todos los siglos la aclaman como «Reina y Madre» en la «Salve». Y en la letanía lauretana, el título de Reina es la más reiterada proclamación.

Las letanías de la Virgen dejan de ser invocaciones suplicantes para hacerse en el cielo clamores de triunfo. Madre del Salvador, Virgen Poderosa, Espejo de justicia, Rosa mística... Resuena el Avemaría. ¡Dios te salve, llena de gracia...! El final se ha suprimido para siempre, porque en la gloria ya no hay «pecadores, y «la hora de la muerte» pasó ya.

Dios Padre recibe a su hija. Dios Espíritu Santo acoge a su esposa. Dios Hijo dice: «Ven Madre mía. Niño era, y me alimentabas y vestías... Tuve hambre y me diste de comer. Sed, y la apagaste. Después vinieron treinta años de vida oculta en Nazaret, la vida pública, la Cruz... Para ti, como para mí, no faltaron penalidades para así entrar en la gloria del Padre». [...]

Éxtasis de humildad en apoteosis de triunfo

Ahora se entreabre el cielo... Los desterrados de la tierra perciben a lo lejos la sinfonía suavísima de un rumor que se hace imponente. Enajenada de amor y gratitud a María, la Iglesia peregrina y crucificada se agrega jubilosa al coro de la gloria. Llena de ilusión y esperanza, exclama: «Los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos, en ti confiamos... Muéstranos a Jesús después de este destierro... Ruega por nosotros,...

Cesan los cánticos y la Virgen tararea rebosando gratitud estrofas de su himno predilecto: «Glorifica mi alma al Señor y salta de gozo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso». Es el éxtasis de la humildad en la apoteosis del triunfo.

Después de este destierro, muéstranos a Jesús

Jesús subió al cielo el día de la Ascensión, María es elevada a la gloria en su Asunción. Nosotros entraremos también el día de nuestro triunfo. Pensamos muy poco en esta recompensa eterna. El Evangelio para algunos es un quitalegrías. Acervo de múltiples prohibiciones que hipotecan la libertad.

Muchos más bríos sentiríamos al pensar en la felicidad futura para conformarnos con la voluntad de Dios Padre... Miremos no sólo el camino, sino la meta final. La ruta es pedregosa y empinada, pero el fin es esplendoroso. «Poco durará la batalla, pero el fin es eterno... Allí todo se nos hará poco lo que se ha padecido, o nada en comparación de lo que se goza» (Santa Teresa).

«Canta y camina» (San Agustín). En el cielo está preparado tu trono. La palma está a punto. Un poco de paciencia todavía... Llegaremos al tránsito definitivo como hemos llegado al fin de tal año, que nos parecía tan largo. Salvaremos la última etapa como tantas otras dejadas atrás...

Pasará la gran tribulación de la tierra (cf. Ap 7, 14), Este mundo de dolores y muerte dará paso a un universo nuevo. «Nuevos cielos, nueva tierra» (2P 3, 13), en que Dios «será Todo en todos» (cf. 1Co 15, 28).

Canta mientras caminas, mirando a María... 'Hoy, la Virgen Inmaculada, limpia de todo afecto de tierra, llena de pensamientos de cielo, no volvió a la tierra. Siendo ya un cielo animado aquí, es llevada a los celestiales tabernáculos... ¿Cómo iba a morir aquella de la que nació la Vida para todos? ¿Cómo iba a corromperse el cuerpo que albergó la Vida? Cristo, Verdad y Vida, dijo: Donde yo estoy, allí estará mi servidor. Luego, con mayor razón, la Virgen tenía que estar donde él estuviese" (San Juan Damasceno).

La fiesta de María Reina fue instituida por el papa Pío XII. La reforma del Calendario Romano de Pablo VI decidió que se celebrara, con rango de memoria obligatoria, el 22 de agosto, octava de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos.

Tomás Morales, S. J.

